

Manuel Rojas

Reflexiones sobre literatura chilena



ERIA interesante un ensayo sobre la forma de preparar el porvenir de la literatura continental. Estudiando su pasado, su presente, la trayectoria que lleva, sus posibilidades en potencia y los cambios que pueden suceder, se podría indicar, con más o menos exactitud, qué es lo que falta y qué es lo que debemos hacer. Se echa de menos entre nosotros alguien que se dedique, de modo preferente, a estudiar los problemas de la literatura americana, a examinar sus cualidades y defectos y a sugerir, conforme a un criterio más filosófico que literario, cuáles son aquellas virtudes en que hay que insistir, cuáles los defectos que hay que rechazar y qué es lo que hay que crear. Hasta este momento estamos como ciegos en la materia y los escritores nos guiamos, o no nos guiamos, por nuestros gustos e inclinaciones, a veces de la peor especie. A los que hacemos literatura de creación nos falta, casi del todo, una imagen justa del panorama científico de la literatura mundial, de la gran literatura; una noción es-

piritual que nos permita decidir qué debemos intentar para llegar a formar parte de esa gran literatura; un guía intelectual que nos señale, mejor dicho, que nos empuje por el camino. ¿Qué podemos incorporar nosotros a la gran literatura y cómo debemos hacerlo?

Trabajo sería este, más para un escritor, para un crítico, que abandonando, alguna vez, su menuda policía literaria, sus búsquedas bibliográficas o sus noticias y comentarios de tres al cuarto, se resolviera a realizar una obra que sería útil para todos y que justificaría, al propio tiempo, su existencia literaria, su razón de existir como crítico. Estimo que una de las grandes labores del crítico es orientar a los escritores, sobre todo cuando se trata de escritores de un continente que, como el nuestro, vive lejos de la gran cultura literaria. Si a un escritor que no puede preocuparse (cuando tiene tiempo) de otra cosa que de crear, no puede exigírsele que posea esa cultura, ya que en la mayoría de los casos no ha tenido cómo ni donde absorberla, a un crítico, por el papel que intenta desempeñar—de juzgar a cada uno y a todos, diciendo que esto es bueno y esto es malo—debe exigírsele. De otra manera su labor carece de autoridad, de fundamento; es superficial. La cultura literaria, el buen gusto y el conocimiento que de ella se derivan, debe servir no sólo para lucirla en las citas, si es que alguna vez se luce, sino también y principalmente, para guiar la marcha de una literatura. Y al decir cultura literaria no me refiero al eruditismo, al saberse de memoria el título de las obras publicadas y el nom-

bre de los hombres que las escribieron, sino a otra cosa más interesante para nosotros: al estudio y conocimiento de la ciencia y de la filosofía de la literatura.

Pero quizás hago mal en hablar de críticos. Un crítico que hiciera lo que propongo y realizara lo que deseo, ya no sería tal. Sería algo muy superior: un filósofo.

* * *

He oído decir a algunos: para la literatura que tenemos no necesitamos mejores críticos... Pero esto es un error. (No me atrevo a pensar que la frase venga de algún crítico). El escritor y el crítico viven en climas diversos y desarrollan una labor también diversa. El escritor es la fuerza, la creación artística, la sensibilidad; el crítico es la inteligencia, la medida, el método, algo que actúa en una literatura como la excéntrica en una máquina, graduando y regularizando su andar. El crítico debe ser superior al escritor en su especialidad y realizar, dentro de su órbita, un trabajo que se equipare, en pensamiento, en intensidad filosófica, al del escritor. Debe ser también un creador en su género. Pero esto no es lo que ha sucedido en América: mientras la literatura ha producido algunas obras buenas, la crítica, en cambio, salvo algunos ensayos poco felices, no ha hecho otra cosa que comentarios, pequeñas glosas y tal cual panorama o semblanzas de los valores literarios. De manera que, hablando con franqueza, la producción

puramente literaria es muy superior, no ya en cantidad, sino que en calidad a la obra crítica. Y de ahí que sea un grave error, como ya dije, decir o pensar que para la literatura que tenemos no necesitamos mejores críticos. Aunque, en realidad, insisto, más que críticos, lo que necesitamos son pensadores. Un buen crítico puede hacer progresar una literatura; uno malo, la empeorará.

Para comentar un libro en un artículo de diario o para comentar a un autor en un libro, basta cualquier crítico. Claro es que unos lo harán bien y otros lo harán mal; pero para estudiar y dirigir una literatura, por lo menos para intentarlo, ya no basta cualquiera. No existen sólo escritores americanos; existe también una literatura americana, una literatura que tiene sus problemas, sus dificultades expresivas y formales, una literatura que pugna por abrirse paso y a la que hay que ayudar y orientar. Decirle a un escritor que su obra es buena o mala, es decirle algo, pero ese algo se reduce a lo personal, no a lo general, y para ello no se necesita más que un poco de buen gusto; pero no es suficiente el buen gusto cuando se trata de estudiar, no ya un libro sino una literatura. Entonces el buen gusto es como la facilidad para escribir: no sirve para nada. Son necesarias otras cualidades.

Existen dos clases de críticos: los que estudian los libros y los que estudian la literatura. Nosotros no nos podemos quejar de que nos falten los primeros (casi hay sobreproducción), pero, suspiramos por los segundos.

* * *

Quiero citar aquí algunas palabras de dos críticos italianos: Benedetto Croce y Luigi Russo. El párrafo que transcribo, de Croce, podría titularse: *Cómo se hace un crítico* y el de Russo, *Lo que debe ser un crítico*.

Dice Croce:

«Si me fuera permitido hablar de mí mismo, yo referiría a mis colegas aquí presentes, amantes de la historia literaria, lo que yo he podido comprobar en el curso de mi vida científica. Porque yo, como vosotros, todos, o casi todos, comencé casi exclusivamente con la cultura literaria y filológica, y fui como vosotros, asiduo visitante de las bibliotecas y de los archivos, husmeador de documentos y de libros raros, de noticias ocultas y de textos inéditos: pasión que todavía no me abandona y me proporciona ratos deliciosos. Pero al llegar a cierto punto de mi trabajo me asaltó la duda respecto al modo cómo lo realizaba y a los resultados que obtenía, y traté de aclarar y justificar, ante mí mismo mi método de trabajo. Y en esta forma, repasando algunos conatos y estudios juveniles, me puse a leer libros de estética y de metodología histórica con el objeto de resolver aquellas dudas y engolfarme en seguida en mis investigaciones particulares. Pero resultó

que poco a poco fui ahondando en todos los problemas del arte y recorriendo la historia entera de la poética, de la retórica, de la gramática, de la filosofía del lenguaje, de la estética, y fui construyendo todo un sistema estético; y en esta labor invertí tres años. Y cuando ya creía estar al fin de la jornada, caí en la cuenta de que apenas si estaba principiando, y me vi forzado a seguir adelante en mi camino y a llevar a cabo el mismo trabajo con la lógica, y con la historia de la lógica, con la ética, y con la historia de la ética, con la economía y la historia de la economía y, en una palabra, con toda la filosofía; y aquel paréntesis filosófico que yo pensé abrir y cerrar en el transcurso de unos pocos meses, abarcó una larga década de mi vida mental, durante la cual no descuidé propiamente en absoluto los estudios de crítica y de historia literaria, pero quedaron estos en segundo plano. De esta suerte conquisté fama de «filósofo». Pero yo no quería ser *purus philosophus*, personaje al cual aplicaba yo gustosamente el dicho platónico que se suele repetir para el *purus mathematicus*; y por esta razón, de la filosofía volví de nuevo, con plena conciencia, al cultivo de la historia literaria y política, que es el trabajo a que actualmente me dedico, siendo ahora para mí la filosofía, en su acepción más estricta, materia de segundo orden, aunque no la he abandonado del todo, porque ese abandono total no sería posible, surgiendo como surgen a cada paso nuevas dudas y problemas especiales, que es necesario resolver filosofando».

Y Russo:

No consideremos, pues, en adelante, al crítico, como *artifex additus artifice* (artista agregado al artista), sino como *philosophus additus artificio*, o mejor aún, como *philosophus exortus ab artificio*, y como filósofo, creador también él de un nuevo cosmos, no ya poético sino lógico, pero un creador que no trata de competir con orgullo y fatuidad en un certamen de imágenes y de fantasías con su poeta, un creador libre y absoluto en su mundo de ideas, distante sin embargo de aquella forma espasmódica con que querría traducir a veces las ficciones del arte de otros, enturbiándolas con ficciones propias y ofuscando las imágenes con otras imágenes. (1)

* * *

Y no es que yo, como escritor—y esto también hay que decirlo—tenga inquina o animadversión contra algún crítico. Al contrario. Me han llenado de elogios y me han comparado, claro que prudentemente, con muchos escritores de fama, con tantos que ya en realidad no sé a quien me parezco, ni si me parezco a al-

(1) Estado actual de los métodos de la historia literaria (Prensas de la Universidad de Chile, 1933), colección de estudios traducidos por Raúl Silva Castro, Ingeborg von Unger y Ramón Mondría.

guien. Unos han descubierto influencias; otros, semejanzas. Pero, con todo eso, ¿quién ha salido ganando? Con seguridad, mis amigos y parientes más próximos, que gozan mucho cuando se me alaba. Pero yo, como escritor, ¿qué he ganado? Al principio alguna pequeña satisfacción, cierto estímulo, pues tampoco soy una lápida, pero después, nada. Cuando publicaba mi segundo y tercer libros, pensaba: ahora me dirán que domino muy bien el tema y los personajes, que tengo gran poder de narrador y, para salir del paso, que me parezco a alguien. Como este alguien es ya muy conocido y sus valores han sido estudiados por los extranjeros y proclamados por los nacionales, no hay necesidad de más... Y así sucedía y así llegué a cansarme, pues sucedía lo que anticipaba. Mi obra de principiante llenaba sus gustos y esto me pareció sospechoso. ¿Era bondad, pereza o incapacidad? De encontrar un crítico que dejando a un lado los elogios, como yo los dejo ahora, hubiese hablado como ahora hablo, diciéndome qué era lo que, desde un alto punto de vista literario, necesitaba y qué lo que tenía de más, otro gallo me cantara. Y si no me lo hubiera dicho personalmente, es decir, refiriéndose a mi obra, sino a la literatura en general, cuánto mejor no habría sido el beneficio. Con un buen escritor se enriquece la literatura; con un buen crítico, un Thieneman, un Van Thiegon, un Croce o un Mencken, se enriquecen, sobre todo, los escritores.

* * *

Personalmente siempre me ha preocupado esto: ¿a dónde llegaremos? ¿Llegaremos a alguna parte? ¿Saliremos, al fin, del continente, no ya como invitados vergonzantes o como parientes pobres, pagando las traducciones, sino como escritores de valor? No creo que sean muchos los indiferentes a este asunto. Todo verdadero escritor es ambicioso, no ambicioso de dinero, que es, entre todos los resultados, el más pobre que se puede alcanzar, sino ambicioso literariamente, y no de modo personal... Porque si nuestros afanes, nuestras fatigas, no van a tener más fruto que el de recibir de nuestros críticos o amigos tres o cuatro frases amables, además de alguna invitación a almorzar y varias cartas de admiradores de provincias, sería mejor, mucho mejor, dejar a un lado la pluma y seguir la escondida senda. ¿Para qué continuar si ya hemos obtenido en casa todo lo que en ella puede conseguirse? Como escritor no me resigno y los que de entre nosotros, escritores, se resignen, harían muy bien en enterrarse desde ya, por lo menos literariamente. Y esto no es una vana aspiración de gloria, es un sano y excitante deseo de trabajar y de luchar, una incitación a la tenacidad y al heroísmo.

Pero ¿qué haremos para conseguir lo que todos, franca o escondidamente deseamos o hemos deseado, lo que todos, como escritores, debemos desear? Esta es la

cuestión. Alguien dirá y tendrá en parte mucha razón: escribid buenas obras . . . Sí, es lo mejor y ya se me había ocurrido a mí también; pero no es todo. No basta escribir una buena obra. En América se han escrito algunas y todavía estamos donde estamos. Es necesario, creo yo, que una obra sea algo más que buena: que sea interesante, no sólo como buena, sino también como obra. ¿Pero cómo podremos ser interesantes, perdón, que es necesario hacer para producir una obra interesante? Ahí está el nudo: ¿Cómo podremos hacer obras interesantes?

¿Habrá que insistir en la pintura del campo y del campesino? ¿Qué proyecciones exteriores tiene una literatura, basada en esos motivos? ¿O será mejor abandonar eso y buscar en otras partes nuevos temas? ¿Elegiremos, entonces, al hombre de la ciudad? ¿Al de las minas? ¿Al de las salitreras? ¿Será preciso abandonar nuestro estilo sudamericano (casero) y buscar en su renovación o en su aproximación a estilos novísimos el interés que, junto con nuestro color local, nos dé lo que necesitamos? ¿No será demasiado anticuada nuestra técnica? ¿No nos pareceremos excesivamente, en una escala inferior, a Mau-passant, a Ponson du Terrail, a Balzac, a algún ruso (hay tantos), a Reymont o a Perico de los Palotes? ¿Nos dedicaremos a la novela psicológica, a la de aventuras, a la histórica, a la social? ¿O será necesario falsear nuestra realidad, evadirse de lo inmediato e inventar lo que no existe? En literatura, ¿es preciso ser siempre verídico? ¿Fué verídico Dostoyewsky o sus per-

sonajes vivían, más que en la realidad, en él mismo, que siendo profundamente ruso no podía sino crear seres de su raza, seres que, aunque fantásticos, se reconocían como vernáculos? Y, por fin, ¿tiene alguna importancia literaria nuestro paisaje, nuestro color, los hombres y los hábitos de nuestra tierra? ¿O ellos no nos deben servir más que como elementos simples de una obra independiente de ellos mismos, de una obra que valga, no por ellos, sino por lo que nosotros pongamos de nuestra parte, aunque lo por nosotros puesto no tenga que ver con ellos sino en lo general, no en lo particular, en lo individual? ¿Qué es lo que debemos hacer? ¿Y seremos capaces de hacerlo?

* * *

Todas estas inocentes preguntas me asaltan cada vez que el prurito de escribir me lleva hasta mi escritorio. Hasta este momento no he podido contestármelas de manera clara y definitiva. Muchas veces he pensado que los escritores de por acá (me refiero a toda Hispanoamérica) hemos pasado de la simple narración oral a la narración escrita, sin transición, sin sufrir el proceso de la individualización, es decir, sin dar a la obra literaria el sello de una íntima personalidad, sin poner en ella lo que en nosotros puede haber de verdaderamente creador en el sentido literario. Miles de cuentos, cientos de novelas, se fabrican entre nosotros, así, como para los amigos, y aparecen escritas en tal forma que

quitándoles las tres o cuatro descripciones del paisaje que tienen, descripciones que se ponen para dar a la narración un carácter literario (?), quitándole eso, digo, se podría contar de viva voz y sin echar de menos al autor. Falta el autor, podría decirse, falta el artista, ya que lo que se puede contar oralmente no tiene autor ni creador. No hay ahí, en esas obras, en nuestras obras, un esfuerzo del pensamiento por crear algo que represente, de manera objetiva, el espíritu del creador; no hay el deseo o el ímpetu de volcar en la obra literaria lo que en nosotros no es solamente y exteriormente literario, es decir, lo que no sólo se refiere a la simple forma escrita: el deseo de permanencia a través del tiempo, la voluntad de dar a la obra literaria nuestra plasticidad interna, si es que alguna tenemos.

En fin, nos falta personalidad en la literatura, personalidad de pensamiento, personalidad de espíritu y casi personalidad de expresión. Creemos que basta describir lo que vemos, transcribir lo que nos cuentan o reproducir lo que hemos vivido, así como ciertos pintores creen hacer obra de arte reproduciendo fielmente una botella o una flor, y lo hacemos de modo superficial, sin mezclarnos en ello, suponiendo que bastará eso y que nuestro paisaje, nuestros campesinos, nuestros montañeses, por ser nuestros, llamarán la atención hacia nuestra literatura. Pero ¿será eso literatura? Mucho me temo que no. Creo que será más bien una literatura para turistas. No es el paisaje ni los habitantes de un

paisaje lo que hace una literatura. Hay algo más, algo más . . .

* * *

Alguien dirá: es inútil buscar y estudiar, tener buenos críticos o excelentes ensayistas. El genio busca sólo su camino.

Sí, es cierto, pero es cierto también que si fuéramos genios no necesitaríamos ni escribir. Nos bastaría con serlo.